

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## ADVERTENCIA.

*Una indisposicion del Sr. Director de este «Boletín,» indisposicion, por fortuna, no tan grave como al principio se creyó, hace que no lleve hoyeste «Boletín» la Dominica acostumbrada.*

## BOLETIN RELIGIOSO.

*Santos del dia 13.*

San Cayo, confesor.—San Amado.

San Cayo nació en Málaga, hijo de padres gentiles. Habiéndose dedicado á la milicia pasó con la centuria á Palestina en tiempo de Jesucristo, y habiéndole oido predicar su doctrina se convirtió, abrazó la religion y fué bautizado. Después volvió á España donde murió el año 52.

CULTOS. En la Catedral á la misa conventual sermon, que predicará D. Bernardo Betegon, coadjutor de San Lesmes.

En la parroquia de San Lesmes la cofradia de San Julian y el Dulce Nombre de Maria celebra funcion en honor del Nombre de Maria á las diez, con misa y sermon.

La Hora Circular corresponde á la parroquia de San Lesmes.

Los ejercicios en el Cármen con funcion de las Teresianas, y Adoratriees á las cinco y media.

Los de la Orden tercera á las cuatro.

*Santos del dia 14.*

La Exaltacion de la Santa Cruz.—San Cornelio.

CULTOS. En la Catedral funcion solemne con asistencia del Excmo. Ayuntamiento, con misa y sermon, que predicará D. Pantaleon Gadea, beneficiado de ia misma.

## SOR MARIA.

I.

Místicos recuerdos de la inocente infancia sonrien en mi alma al evocar su nombre: ¡Maria! blanca camelia que al desaparecer del mundo ni aun una ráfaga de perfume á su paso dejó.

¡Cuántas sensaciones; cuántas escenas olvidadas, despierta su nombre.

Vuelvo á ver ante mis ojos á aquella escética sacristia en que prendiamos juntos los carbones del incensario, vestidos con el negro sayal y el blanco roquete y en la que haciamos *orgías* con

el vino que sobraba en las vinajeras y las hostias aun no benditas.

¡Dulces recuerdos! volved, si, á mi mente aunque solo os desliceis por ella como débil corriente sobre duro peñasco, que sois proscriptos pedazos de mi alma, de mi alma de misero proscrito del mundo ideal de los ensueños místicos. . . . .

Era el día de Resurreccion el primer día que la ví, y entonces apenas tenia trece años, estaba en las tribunas del coro y desde allí veia la confusa congregacion de fieles que de rodillas oraban.

La nave central estaba apenas iluminada, pues las vidrieras cubiertas con cortinas violetas dejaban apenas filtrar furtiva á la luz, y en el altar mayor tambien tras de la cortina que lo cubria, empezaban á divisarse pálidos fulgores de luces que aumentaban poco á poco en cantidad, semejando sus llamas amortiguadas por el aliento, estrellas dormidas en un cielo brumoso.

Yo tenia encargo de descubrir, tirando de un cordon, una de las vidrieras laterales en el momento, que impaciente esperaba, en que el oficiante pronunciara el

*Gloria in excelsis Deo.*

El cordon que anticipadamente

tenia entre mis manos parecia-me que me quemase, tal era el temblor que tenia de que la cortina no cediese á mi esfuerzo para recogerla.

Ya se veia, siempre al través de la cortina violeta, la profunda iluminacion del altar mayor, y ya estaban prendidos todos ios cirios de las arañas de la nave central.

Al fin, con paso tardo y cubiertos con sus casúllas blancas recamadas de oro, salieron los tres oficiantes de la sacristia, seguidos por mis compañeros que, mas afortunados que yo, les habia tocado en gracia el ayudar la *misa de gloria.*

Temblaba mas que nunca. Por fin sonoro y vibrante se esparció por las bóvedas del templo el *gloria in excelsis Deo*; fué aquel uno de los momentos mas llenos de ansiedad de mi vida; tiré hácia mi el cordon y un momento creí que la cortina no queria ceder; pero los anillos que la suspendian se deslizaron produciendo un débil chirrido sobre la barra que los sostenia y la vidriera dió paso á la luz, que precipitó al través de sus múltiples pedazos, coloreando y descomponiéndose en el aire hasta lo infinito.

Un hondo suspiro de satisfac-

ción partió de mi pecho; después me puse un momento rojo; la impresión había sido demasiado fuerte; tanto que me pareció que la luz que en cascadas de rubíes y esmeraldas se desbordaba en el templo, que la lluvia de flores que caía desde el pasillo de la cúpula, que la fascinadora iluminación del altar mayor, que las voces potentes del órgano, y hasta el repique loco de las campanas, que todo aquello era *culpa* mía; yo que todo lo que había hecho era correr una cortina!

Fuime tranquilizando poco á poco y me puse á mirar embelesado el cuadro que bajo mis ojos se extendía. De pronto vi una cara que me sorprendió. Era una mujer, ó mas bien una niña; que miraba hácia el cielo.

¿Mujer?... ¿niña?... no, era un ángel! Era pálida como los tules del altar, rubia como el oro de las cornisas, llena de sal, y de ojos celestes, y de un mirar vago y flotante como las espirales de humo que se despedían de los incensarios. Estaba en éxtasis, sus manos blancas como las de una muerta caían perezosas á sus lados y todo su cuerpo producía la misteriosa sensación de una aura, de algo que crece, se expande é ilumina.

¿Mujer?... ¿niña?... no, era un ángel!

## II.

A lo léjos, la nube de humo, que cual cortina de azulados tules cerraba el horizonte, se iba disipando tardamente. El cielo parecía un escudo de bruñido acero, y el sol con sus sordas flechas de oro acribillaba al campo que momentos antes vibraba con todos los ecos de la mortal batalla.

El llano que me rodeaba estaba cubierto de muertos y de heridos. Una bala me había penetrado en el pecho, y el dolor y la pérdida de sangre, al robarme el albedrío, me hacían permanecer inmóvil.

A lo léjos se veían las tiendas de campaña de los hospitales de sangre, y recorriendo el campo, cual golondrinas que vuelven después de un invierno que las hubiera muerto, las *hermanas* después de la batalla aparecían como diciendo á los heridos: torna para vosotros la bonanza ¡vela por vosotros la caridad!

¡Con qué ansiedad esperaba ser visto! Al fin fui divisado; pero en el momento en que las *hermanas* llegaron á mi lado sentí tal emoción, que las fuerzas me faltaron y fui presa de un desmayo.

Quando volví en mí estaba ya

acostado en la ambulancia; miré á la *hermana* que restañaba la sangre que brotaba de mi pecho y reconocí en ella, despues de mirarla algun rato, á aquel ángel del dia de la *Resurreccion*.

Quise hablarle; pero ella, poniendo el índice sobre sus labios descoloridos, me privó el hacerlo.

Al otro dia fui remitido á un pueblo cercano y solo pude saber que aquella hermana de caridad se llamaba *Sor María*.

No he vuelto á ver mas á aquella mística golondrina de traje azul y blanco pecho, y lo siento, pues hubiera querido penetrar el secreto que se escondia en aquella alma, para mi incomprendible, que realizaba en el mundo el ideal del bien, pues ella simbolizaba, ella era el ángel de los sublimes sacrificios.

A veces, en mis locos análisis he pretendido buscar si aquella mujer no seria un alma de fuego en un cuerpo de hielo, ó bien un alma de hielo en un cuerpo de fuego, ó bien de hielo el cuerpo y el alma.

Hé creído lo último.

Perdóname *Sor María*, blanca camelia, perdóname.

Sí, tú me perdonarás, pues tu alma, segun la frase del poeta, fué «como el sándalo, ese árbol santo de la India, que perfuma el hacha que lo corta».

*Julio Piquet.*

Montevideo, Junio de 1882.

## EL GRAN NHIDGO.

(Traducción).

Hace cerca de un siglo que un misionero fijaba su morada en las regiones todavia poco civilizadas del Norte de América. La dulzura, el celo de este buen padre, atrajeron el afecto de todos los pueblos de su alrededor, pero ningun efecto apostólico conseguia. Un obstáculo insuperable parece que detenia á los indigenas en el camino de la fé, como si una fuerza invisible se lo impidiera.

Paseábase un día el misionero en la selva donde habia multitud de salvajes, á quienes con lenguaje cariñoso solia llamar *niños*. Su corazon de apóstol se lamentaba, de no haber podido todavia introducir en el cielo una sola de aquellas almas aprisionadas por Satanás. Dios permitió que al fin conociese la causa de este misterio.

En un sendero vió el misionero un niño cuyo triste aspecto, sus pasos desordenados, sus ojos fijos en la tierra, revelaban un dolor que no podia soportarse en tan corta edad.

El misionero se acerca y le pregunta:

—¿Por qué, niño Kentuc, no

corres como tus compañeros siguiendo la pista del gamo?

—Estoy padre triste, muy triste. Es que... tu no lo sabes...

—Habla, niño Kentuc.

—Es mañana la fiesta del gran Nhidgo.

—Bien, qué es eso de Nhidgo?

—«El gran Nhidgo es el Dios que come á los niños. Cada día el anciano de la tribu le da carne: el Nhidgo come sin hablar: algunas veces no tiene mucha hambre, otras tiene mucha, y entonces ruge como un león en las montañas; se le entregan tres niños pequeños, se les mata y el Nhidgo los come.»

Estas palabras fueron una revelación para el misionero; le representaban uno de aquellos horribles sacrificios que con frecuencia ha practicado la humanidad decaída. Conteniendo siempre su emoción le replicó:

—Tu no serás comido por el Nhidgo, Kentuc.

—No, padre yo no; pero si Olulah, el niño querido de mi madre.

—Conducidme al Nhidgo, Kentuc.

—Padre no vaya, te aborrece, te destruirá.

—Niño, el Nhidgo no me asusta; marcha delante, yo te sigo.

Tomó temblando el niño la mano del misionero.

—Venga, pues padre, venga y salve á Olulah.

Avanzaron los dos por el espeso bosque, y bien pronto encontraron una caverna sombría y poco profunda. En el fondo vió el padre misionero un tronco de árbol que tenía una grosera forma de hombre:

—Este es el gran Nhidgo, padre, tu presencia le irrita... cuidado, padre, cuidado.

Con estas palabras huyó Kentuc dejando solo al misionero delante del gran Nhidgo. Ruidos extraños se sentían en las entrañas del ídolo; el misionero pone su crucifijo sobre el pecho y avanza... el gran Nhidgo tenía siempre abierta su fea boca, pero no la movía.

El misionero se puso á reflexionar preguntándose: ¿Qué es pues esto? ¿qué viene á ser este espantajo? ¿Es una mistificación? ¿Es intervención del espíritu maligno?... ¿Cómo devora las carnes robustas de tres niños?... Mañana tres niños van á ser inmolados, tres almas arrebatadas á Dios. No, no, esto no puede ser, ha llegado el momento de obrar; ahora ó nunca.

Tomó su resolución. Al día siguiente, antes de la horrible ceremonia, se puso el misionero escondido detrás del ídolo: al po-

co rato vió una tropa de guerros blandiendo sus armas, niños, mujeres y tres pobres madres llevando cada una su pequeño niño destinado al Nhidgo, ocultando con la sonrisa la angustia que devoraba su corazón. Levantaba ya el anciano de la tribu el cuchillo sobre uno de los niños, cuando de repente se percibe una sombra y se oye una voz atronadora: «Detente, infeliz, ¿sabes lo que vas á hacer?» A la vista del sacerdote, un terror indefinible se apoderó de aquella asamblea, mientras que un rayo de esperanza convirtió en alegría la triste sonrisa de las tres madres.

La actitud del sacerdote, su inspirada mirada imponía á los salvajes.

«Adoradores de Nhidgo, voy á mostraros el poder de vuestro Dios. Mirad al Oriente, contemplad esos rayos rojos que corren de uno á otro horizonte.» Y les señalaba con la mano el cielo, que parecía fuego.

Mientras los salvajes dirigían su vista al cielo el misionero se precipitaba sobre el dios, y con una hacha que llevaba oculta, le dá un fuerte golpe. Al mismo tiempo se oyó una detonación; el dios cae al suelo derribado por su base, y de la madera carcomida salen corriendo infinidad de ratas

y ratones, que se ocultan en las hendiduras de la caverna. Los salvajes retroceden estupefactos.

¡Hé aquí, amigos míos, dice el misionero, hé aquí al Nhidgo, á quien vosotros sacrificais vuestros hijos. Ved lo que queda de él, reconoced en fin vuestro error y adorad al verdadero Dios.

La tarde de esta memorable jornada una mujer y dos niños se arrodillan á los piés del misionero: era la madre de Kentue y Olulah. «Padre, dice la mujer, tu brazo ha destruido el gran Nhidgo, tu brazo ha salvado á Olulah. Ahora el gran Nhidgo no tiene más poder y venimos á pedir el bautismo de tu Dios.» El buen padre levantó llorando á la madre.

Algunos meses después toda la tribu había abrazado la fé, y el misionero dejó á estos nuevos cristianos para marchar más lejos á la conquista de otras almas.

EL MARISCAL VAILLONT.

(Traducción.)

El Mariscal Vaillant se levantaba todos los días á las cinco de la mañana tanto en verano como en invierno; fumaba su cigarro y se paseaba por su ministerio con las manos en el bolsillo. Vestía un gran pantalón y un gabán de

abrigo, en tan mal uso que podía venderse á cualquier hora por lo que costó la botonadura. Este célebre madrugador tuvo varias aventuras, de las cuales contamos la siguiente, referida por un testigo digno de crédito.

Una hermosa mañana, el señor X, cura de una aldea de los alrededores de Dijon, se acercaba á la puerta del ministerio, de la casa del Emperador y de las Bellas-Artes. El conserje dormía pero el mariscal que fumaba su cigarro en el terrado, vió al sacerdote y le preguntó:

—A quien buscáis, señor Abad?

—Al conserje, muchacho.

—Duerme todavía.

—Quisiera saber la hora de audiencia del ministro.

—Recibe todo el día. ¿Que quereis?

El Cura aunque sorprendido de la curiosidad de este personaje que vestía con tanta sencillez, se acercó á él, y le dió cuenta de su negocio.

Está bien, dijo el Mariscal, yo me encargo de cumplirlo; únicamente vendreis á la hora del almuerzo y os haré pasar á su presencia.

—Sin duda sois el ayuda de cámara del ministro.

—Justamente, respondió el mariscal riéndose: jamás ha tenido mejor servidor que yo.

El Cura se retiró contento y satisfecho volviendo á la hora citada. Pasó á la sala y encontró á su compañero de la mañana que le invitaba á sentarse y á comer junto á él.

—Almorzais á la misma hora que el ministro? preguntó el Abad.

—Siempre.

¿Y comeis las mismas cosas que él?

—Tambien.

—Pues yo tengo gusto en saber como se alimenta un mariscal de Francia.

Terminaron el primer plato y la ilusión duraba todavía; pero un secretario importuno lo descubrió todo; pues al oír la palabra *Excelencia*, el cura comprendió.

—Me extraña hayais querido burlaros de un hombre que os ha depositado su confianza, dice al mariscal.

—Os la devuelvo por que no soy más que un simple ministro, contestó éste sonriendo con afabilidad.

Se hicieron las paces, el almuerzo terminó con alegría, y el viajero se llevó una gran subvencion para su iglesia.

#### ANÉCDOTAS.

El padre del Czar actual queria mucho al coronel Galatzin, de la guardia imperial. Una noche, sin embargo, vió el Czar que el coronel salia de un casino elegante en un estado de embriaguez deplorable.

El Czar, irritadísimo, se acerca al coronel y le dice:

Ponte en mi caso y dime, ¿qué harias si encontraras á un coronel de tu guardia tan borracho como estás tú?

El coronel se cuadra, saluda militarmente al Emperador y le dice:

—Señor: yo no me dignaria dirigirle la palabra.

El Emperador se echó á reír al oír esta salida, y tomando el consejo se alegró.

*Un franciscano duelista.*

En París el franciscano P. Fidel atravesaba una de las calles principales de la ciudad para ir á celebrar la misa al lugar que se le habia designado. Salia de un café un oficial que al ver al religioso, después de haberle mirado de piés á cabeza, comenzó á burlarse de él con palabras poco conformes con la urbanidad.—Me insultais, le dijo el religioso y exigió una reparación.—Concedida contestó el oficial insultador.—Vos sois el provocador añadió el franciscano y yo el provocado; según costumbre me toca á mí la elección del arma y la que escojo es la confesión. Mañana os espero en el convento donde arreglaremos nuestras cuentas.

El oficial que tenia algo de original dirigióse al convento al anoche y se confesó; al día siguiente recibió el pan de los ángeles.

Es inútil añadir que ahora es muy amigo de los frailes.

## NOTICIAS.

El virtuoso y heróico Sr. Obispo de Murcia ha recibido un autógrafo de Su Santidad realzándole por su comportamiento como á uno de los más eminentes Prelados de la Iglesia. Merecido lo tiene.

Se está habilitando el piso segundo del palacio Episcopal de Murcia, para cuando los señores sacerdotes tengan que hacer ejercicios bajo la dirección inmediata del Excmo. é Ilmo. Prelado.

Ha sido nombrado párroco del curato de Reines, en Solsona, D. Tomás Guitart.

El cura del Villar de Chinchilla, don Federico Lopez Melgares, y el de El Algar D. Tomás Anton, se están portando como héroes en la invasión colérica de sus feligresías. Eso hace el clero.

El día 29 de Setiembre termina el plazo para las solicitudes de Beneficiado Sochante en la Santa Iglesia Catedral de Murcia.

Ha sido admitida la renuncia del Arquitecto diocesano de Tortosa, D. Juan Abril.

El volúmen primero de las misiones del Emmo. Cardenal Massaia se ha concluido. Pronto se pondrá á la venta.

La fiesta cívico-religiosa celebrada en Son Rapiña (Baleares) estuvo muy concurrida.

Al general Salamanca ha escrito el intrépido jefe carlista Segarra ofreciéndose á uniformar y armar por su cuenta á un batallón, en el caso de que sea imprescindible la guerra.

